

# EL CONSERVATORIO DE ARTES Y OFICIOS.



Sala de la Biblioteca.

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 34



El Conservatorio de artes y oficios se fundó en París en el año 1794, por la Convención, á propuesta del abad Gregorio, antiguo obispo de Blois, y se estableció en la abadía de San Martín de los Campos, que se libró por esta circunstancia del vandalismo revolucionario.

El primer pensamiento de un Conservatorio de artes y oficios pertenece á Luis XVI, á quien Vaucanson habia legado en 1782 su coleccion de máquinas. Desgraciadamente las agitaciones de su reinado impidieron al desventurado monarca dar cima á su proyecto.

A la coleccion de Vaucanson, que formó la base del establecimiento, vino á juntarse en 1803 el magnífico gabinete físico de Mr. Charles, uno de los mas ricos de Europa. En 1810, el emperador Napoleon I fundó en el Conservatorio de artes y oficios una escuela gratuita para los obreros jóvenes, y en 1819 se crearon tres cátedras: economía industrial, química y mecánica aplicada á las artes.

Hoy día se dan en el Conservatorio catorce enseñanzas diferentes, públicas y gratuitas, y las cátedras se ven ocupadas por ilustres sabios pertenecientes casi todos á el Instituto.

Numerosas piezas, galerías y salas contienen las inmensas riquezas de tan precioso depósito; es decir, todas las máquinas y aparatos de la industria humana, desde los mas sencillos y primitivos á los mas complicados auxiliares de los adelantos modernos. Una de las piezas mas bellas que el edificio encierra es la que sirve de biblioteca, cuyo grabado presentamos á nuestros lectores, siendo notable tambien por las muchas y muy buenas obras que encierra. El patio presenta un magnífico vestibulo, construido bajo la forma de los del Palacio Real. Al pié de la escalera existe un magnífico eco, que permite á dos personas colocadas al estremo de la sala comunicarse perfectamente en voz baja.

Desde 1848 se vienen depositando en el Conservatorio las medidas legales que existen en Francia. El Conservatorio está hoy en día bajo la direccion del general Morin, y reúne en el personal de sus representantes á los hombres cuyos trabajos los han colocado á la cabeza de las diversas ramas de la ciencia, lo que hace que sea un establecimiento único en Europa y envidiado de todo el mundo.

Hace poco el edificio se encontraba confundido entre mezquinos edificios y rodeados de tortuosas é inmundas callejuelas. Hoy gracias, á la actividad del municipio de París, el edificio está aislado, convenientemente restaurado y con todo el brillo que la adelantada Francia consagra en esta época á cuanto á la industria se refiere. Ayer era un edificio desconocido, hoy es un establecimiento abierto á la ciencia en general; escuela práctica é histórica del desarrollo industrial de la humanidad.

F. \*\*

## ANTONIO EL RENEGADO (1).

V.

Dejamos al antiguo corsario Reduan viviendo feliz y bien mirado en la tierra española, gracias á la ejemplar conducta con que procuraba desvanecer los recuerdos de

sus antiguas piraterías al servicio de los infieles. Residia con Margarita en la deliciosa Málaga, pues si bien absuelto de sus malos hechos hubiera gozado en Veramar la consideracion anexa á los bienes de su esposa, temió con fundamento ser blanco de la ojeriza comun, á causa de los daños ocasionados al pueblo en el asalto nocturno de que dimos cuenta al principiar esta leyenda.

Aunque retraído en el hogar doméstico, cuidando solo satisfacer los antojos de su querida compañera, deslíz harto lamentable en hombre de tan arrojado carácter, llegó una ocasion en que la pública fama vino á turbar la paz tranquila que adormecido disfrutaba. Terribles nuevas circulaban con la rapidez del viento por campos y ciudades. Se hablaba de un aliado poderoso que arrojando la máscara de amistad con que se habia disfrazado hasta entonces, ocupaba como dueño importantes fortalezas, merced á indignas supercherías; hubo quien dijo que la villa de Madrid, sin contar el número ni calidad de los enemigos, lanzó á costa de infinitas víctimas, el primer grito contra el opresor desatentado, y hasta llegaron los mas cavilosos á suponer que un monarca extranjero escoltado por cien falanges triunfantes de la Europa entera meditaba sentarse en el trono de San Fernando. El tiempo justificó de ciertos los rumores de la voz pública, y entonces un gemido de rabia y dolor profundo se oyó de Calpe al Pirineo, cual si la patria herida en el corazon demandase el auxilio de sus hijos. Estos escucharon su queja, y creciendo su valor con el peligro de la situacion, ni la sorpresa disminuyó su brio, ni la falta de medios fué obstáculo que los contuviese. Ellos darán á miserables tapias la importancia de plazas de primer orden; los anchos páramos del centro de la Península, las cordilleras que cruzan su territorio, se han de convertir en base de graves operaciones militares, y si faltasen armas adecuadas, los ásperos robles y las duras peñas han de ofrecerlas abundantes al robusto brazo y ánimo alentado de aquella gente alzada en defensa de sus altares y territorio. En cuanto á ropas y mantenimientos por afrenta hubieran tenido el pensar en una ó otra cosa: flacos y desnudos hallarán en los almacenes contrarios donde satisfacer su necesidad.

Antonio fué de los primeros que corrieron á alistarse bajo las banderas de la independencia; combatió en Bailén, y siguiendo las vicisitudes de aquella campaña comenzada bajo auspicios tan venturosos y terminada de una manera harto desgraciada, se distinguió entre los mas valientes, consiguiendo á poco ser ascendido á capitán de infantaría.

Andando el tiempo fué destinado con su regimiento á guarnecer una ciudad de Aragon amenazada de cerca por el enemigo, llevando consigo á Margarita que nunca quiso apartarse de su lado, con gran complacencia de su esposo y no poco solaz de los demás compañeros de armas, pues la jóven era donosa y gentil, de natural donaire y no poco gracejo para amenizar los ocios del campamento. Tales dotes contribuyeron al principio á llamar hácia su persona las atenciones del coronel de su marido, pundonoroso militar, á quien las lides amorias en uada embargaban para cumplir con los deberes de su cargo. Agradeció la dama las finezas del galán, usando para ello demostraciones mas espresivas de lo que á su decoro cumplia; acogió el alumno de Belona la ocasion que á la mano se le presentaba, y de una en otra plática, vió rendida la fortaleza sin otra pérdida que algunas palabras vanas y no largo tiempo de asedio, prueba segura de la floja resistencia y poca firmeza de la plaza.

(1) Véase la página 229.



Así fué como el indómito pirata se vió trasformado por una mujer veleidosa en la fábula de oficiales y soldados, sin que nadie fuera bastante audaz para motejar su afrenta, pues convencido estaba cada cual y todos juntos, que sin razón ó con ella aventuraba la vida el que á tanto se hubiera resuelto, aumentándose con la ignorancia del ofendido la impunidad de los delincuentes, en términos que juzgaban todo recato ocioso en vista de que la buena fortuna ayudaba sus malas acciones.

Mas no contaban, ciegos en su loco extravío, con el delicado sentimiento de propia dignidad tan arraigado en España, que hace al miserable pordiosero tener en menos al título de mayor renombre cuando su conducta no parece limpia de toda sospecha de ruindad ó bajeza. En ninguna parte tiene aplicacion tan exacta el proverbio francés *Noblesse oblige*; los blasones mas ilustres, la riqueza y cargos honoríficos acumulados sobre una persona á quien pueda achacarse haber quebrantado las leyes del pundonor, lejos de aumentar el público respeto, serán un sanbenito de afrenta adecuado para mejor atraer el desprecio comun. Lograrán, si, numerosa cohorte de lisonjeros interesados en acrecentar sus medros á la sombra del afortunado, ó plebe servil avasallada por el temor de sufrir daños en hacienda y vida, pero nunca la estimacion general ni el respeto que á la virtud se concede, aun á despecho del interés privado.

Estas razones movieron á los compañeros y subordinados de Antonio á negarle el trato y consideracion debida, en cuantos lances se presentaban de hacerlo sin manifestar á las claras el desprecio que les inspiraba, aunque no se rebozó tanto el disímulo que dejase de advertir nuestro capitán lo mucho que habia mermado en el aprecio comun, por mas que de nada pudiese acusarse en mengua de la buena fama. Inquieto á vueltas de afrentosa incertidumbre acertó á encontrar uno de los que fueron amigos suyos en paraje retirado, y llamándole con reserva donde nadie pudiera interrumpirles, quiso apurar de una vez la causa de su molesta cavilacion interrogando á quien suponía capaz de resolverla.

—Dime, preguntó, ¿qué cosa tan divertida encontrais pintada en mi rostro desde hace poco para no poder contener la risa despues de haberme contemplado, cuando por ventura no evitais encontraros conmigo? ¿Soy acaso algun bobo de entremés ó estoy atacado de la peste? ¡Por Dios que una vez harto de sufrir demasias, en la ocasion menos pensada he de hacer un escarmiento ejemplar entre sándios burladores! Tú puedes evitarlo, amigo mio, y con esa intencion apelo á tu corazon leal incapaz de abrigar una mentira, á fin de saber los medios oportunos de cortar el mal en su principio. Habla con franca libertad, y si la culpa está de parte mia, á tus consejos seguirá una enmienda completa y el agradecimiento eterno por haberme devuelto la tranquilidad perdida.

Quedóse un rato esperando la contestacion de su compañero, hasta que al cabo viéndole atusar el bigote distraidamente con la vista fija en el suelo sin dar muestras de romper el silencio, volvió á decirle cada vez mas enojado:

—¿Qué piensas? ¿Te has vuelto mudo?

—Pienso, respondió el oficial, que debes buscar persona mas diestra para resolver tus dudas, porque yo no me creo capaz de hacerlo sin que á la postre saliesen á relucir las espadas, y, la verdad, sentiria reñir contigo.

—¿Con qué tan amargo será el desengaño?

—Tan áspero como esa condenada cerveza que tanto gusta á los franceses.

—¿Y tú, en quién yo cifraba mi esperanza, te acobardas?..

—Acobardarme, nunca, voto á San Jaime, sino que para responderte seria preciso llamar las cosas por su nombre y decir: mira, Antonio, tu mujer.....

—¡Cesa, cesa, gritó el corsario fuera de tino, porque hay palabras que imaginadas quitan el sentido, pero si una vez se pronuncian llevan la muerte consigo!

—Eso es lo que yo decia, contestó el compañero con calma.

—Por favor, amigo, ¿en dónde y cuándo podré tener evidencia de mi afrenta?

—Cualquier noche que te halles de servicio, acude á tu alojamiento despues de las doce: busca y hallarás. Con esto he dicho demasiado.

—Gracias: estrecha mi mano en prueba de amistad.

—Por ahora suspendamos esa demostracion, cuando hayas disipado las sombras que oscurecen tu pundonor, yo iré á ofrecerte la mia.

Diciendo así volvió la espalda sin aguardar á mas.

—¡Es cierto! quedó diciendo Antonio; soy un padron de infamia para cualquier hombre de bien; el asunto no admite duda, ni treguas el aplicar remedio. Animo, corazon, no me abandones en la prueba á que te voy á someter.

Al día siguiente debía el burlado esposo dar la guardia en una de las obras exteriores y juzgó la ocasion oportuna para salir de la situacion vergonzosa en que se hallaba. A nadie quiso rogar ocupase su puesto; no de la mayor importancia, si bien su abandono al frente del enemigo constituía una falta grave. Vino la noche: pasaron lentas sus primeras horas y antes de mediar su término, embozado y guardando bajo la capa el acero que juró no sacar sin razon ni envainar sin honor, en cumplimiento de la leyenda que grabada tenia, se dirigió en silencio al piso bajo de la casa en que moraba, é hizo que le abrieran y colocasen con el mayor silencio en una pieza con ventana al zaguan, donde, despues de haber apercibido á los patrones que todo se hacia en obsequio del real servicio, apagó la luz y esperó en la oscuridad los acontecimientos, sin preguntar nada ni admitir reflexion alguna, antes bien amenazando con la pena de los traidores al que moviese ruido capaz de alterar el sosiego que se notaba en todo el contorno, ó por su mal llevase la curiosidad hasta el punto de querer entrar en averiguaciones.

Corto espacio despues se oyó en el porton un leve golpe y bajar las escaleras la doncella de Margarita, que abriendo el postigo alumbró al coronel, no tan bien disfrazado que dejase de reconocerle su ofendido subalterno, á quien palpitaba el corazon casi en términos de sofocarle, viendo al aborrecido ladron de su honra subir los escalones con rapidez y alegría hasta cruzar los umbrales de la esposa infiel sin estrañeza ni detencion, como esperado galan que marcha por senda hollada, donde no aguarda encontrar tropiezo alguno.

Volvió á reinar la misma oscuridad, el mismo silencio, que apenas interrumpió el ruido seco y estridente que hizo el cerrarse la puerta de la mujer adúltera.

Aun tuvo Antonio sufrimiento para detenerse un corto rato, apoyada la frente en el marco de la ventana. Creyó algun momento que sus sienes iban á estallar; pero dominando su emocion se alzó terrible, siguió el camino que antes recorriera su jefe, llamó á su habitacion como lo tenia de costumbre y contestó de igual manera, sin mani-



festar enfado por lo mucho que tardaron en abrirle, hasta que ya dentro, dió vuelta á la llave, guardándosela en el bolsillo, y desnudó la espada con ademán tan fiero que la criada rompió en exclamaciones á las cuales acudió su ama casi desnuda, afectando inocente sorpresa de ver llegar á su marido tan á deshora é inmutado.

—Mala mujer, exclamó éste cogiéndola por el cuello, ¿dónde ocultas al ruñán de quien eres barragana?

Margarita perdió el conocimiento: la doncella, trémula de terror, estaba incapaz de responder.

—¡Infame! prosiguió Antonio, el delito os confunde; pero no he menester vuestra denuncia.

Respirando venganza y muerte siguió por los reñucidos aposentos, no dejando mueble por examinar ni cortina ó repostero que no levantase en busca del aborrecido objeto de su cólera, pero en vano; se le ocultaba sin saber en donde, pues ninguna salida tenía la habitación si no la de que él guardaba la llave.

—¡Ira de Dios! blasfemó ¿dónde te escondes, cobarde seductor? ¿Saldré de aquí burlado despues de haber revuelto la casa cual un marido vulgar? Pero, no, no, el infierno me ayuda.

Corrió al decir esto hácia unas esteras enrolladas que se apoyaban derechas contra la pared en una pieza escusada, y en las que advirtió un ligero movimiento.

Tres veces, con impulso febril, introdujo su espada entre las tejidas pleitas y otras tantas notó su mano la resistencia de las carnes al rasgarse y deleitó su oído el crujir de los huesos y los gemidos de una víctima sacrificada sin defensa.

Al abandonar aquel sitio, sus piés iban dejando la sangrienta huella del charco en que se habían bañado.

Sin articular palabra; frunció el ceño y pasos designales volvió donde Margarita yacía desmayada, travóla del brazo alzándola en peso, resuelto á sepultar en su pecho el hierro vengador, que tibio y empañado apretaba con furia insana, pero al descargar el golpe, una sonrisa convulsiva descompuso su airada fisonomía.

—¡Es una débil mujer! balbuceó con trabajoso acento; el ladrón de la honra agena merece la muerte, ella la infamia y el desprecio.

Diciendo así la dejó caer sobre el pavimento, saliendo a la calle y luego al campo, en dirección á las avanzadas enemigas.

La pluma se resiste á consignar los pormenores de una vileza.

Al día siguiente el ejército francés contaba un número mas en sus filas y la España un traidor entre sus hijos.

## VI.

Agobiado por su delito y mal contento de sí mismo, acompañó Antonio á las huestes invasoras, hasta poner sitio á la importante plaza de Tarragona, cuartel general y base de operaciones de los españoles en el principado de Cataluña.

El 4 de mayo de 1811 dieron los franceses la primer embestida á los fuertes del recinto exterior, que sucesivamente aunque á mucha costa, fueron cayendo en su poder á pesar de la heroica resistencia de sus defensores.

La mañana del 28 de junio dispuso el general Suchet, ya terminados los trabajos de la última paralela, se rompiese el fuego de brecha contra la batería del frente de San Juan.

Fué la noche anterior plácida y serena, iluminaba el campo la plateada luna con su misteriosa luz. De guardia el traidor Antonio en uno de los puestos avanzados, contemplaba sentado sobre un haz de fagina el débil recinto que rodeaba la ciudad tras del cual se albergaban los bizarros batallones, que al día siguiente habian de sellar con su sangre el juramento que hicieron de morir en defensa de las sagradas leyes de la patria. La fresca brisa del mar agitaba la bandera española aferrada sobre los baluartes á pesar de los aprestos bélicos allegados en contra suya. Menos pertrechos y almacenes, no tan esclarecido caudillo necesitaron las tropas imperiales para domeñar á naciones enteras que los amontonados en aquel sitio. Cuando la enseña de la independencia caiga destrozada á impulso de innumerables fuerzas, el honor de la jornada ha de ser para los vencidos, á quienes émulo de su gloria imitarán contra el soberbio vencedor los pueblos que antes le pagaban tributo.

Presa el desertor de una violenta calentura recordaba el pasado y temblaba del porvenir, creyéndose abandonado de Dios y de los hombres, á merced de una fatalidad terrible que de uno en otro precipicio le habia sepultado en el insondable abismo de donde ya no le seria posible salir. ¡Lastimosa obcecación! ¿Quién sino su necea liviandad le condujo por vez primera entre las redes de la inconstante Margarita de donde salió dejando en ellas, crédito y conciencia para volver, ciego á fuer de estúpido, á recoger por esposa á la que fué su dama en tan mal hora?

Abstraído en su pensamiento paseaba sin dirección, cuando tropezó en un objeto blando y pesado que le hizo caer á la orilla del foso. Levantóse al punto, erizado el cabello y sobrecogido por el espanto al ver un cadáver con el cráneo hecho pedazos interpuesto en su camino. Era el cuerpo de un español que se atrevió aquella mañana á salir de la plaza con dirección á Vendrell, donde habia llegado el general Campoverde, á escitarle á moverse en socorro de Tarragona en vista de lo apurado de las circunstancias. Detenido por las patrullas enemigas prefirió ser fusilado á las recompensas que le ofrecían si revelaba los pormenores de su comision. Allí yacía cual mudo acusador contra la conducta de Antonio: al contemplarle perdió la calma que le restaba y pesándole la vida resolvió imponerse á la faz de unos y otros contendientes el castigo reservado á los criminales de su clase. Loco desvario, hijo mas bien de orgulloso abatimiento que propio de quien nació con honra.

En esto un prolongado toque de diana esparció en el campamento el bullicio militar apaciguado durante la noche; los escuchas se replegaron á sus cuerpos de guardia, y todos los puestos situados al frente de la línea, fueron á colocarse en las columnas de ataque situadas á espaldas de las baterías de sitio. Un nutrido é incesante fuego rompió contra la plaza para no suspenderse hasta las cinco de la tarde, hora en que aportillado el muro quedó en disposición de ser acometido. Resuelto el valiente gobernador Senen de Contreras á defender la ciudad palmo á palmo, forma detrás de la brecha un regimiento y dos batallones de granaderos, que auxiliados por la artillería se preparan á rechazar el asalto. Por dos veces fueron ahuyentados los invasores del ancho boqueron, cundiendo en ellos tal pánico que vacilan en obedecer la órden que les manda verificar la tercer embestida. En vano acuden nuevos refuerzos apoyados por la reserva. Los ayudantes del general Suchet se colocan en el sitio de mayor peligro, fórmase una especie de batallón sagrado compuesto de oficiales y avanzan á



la carga en direccion al noble muro, tras el que les aguarda una muerte probable. Antonio se adelanta á los mas ligeros, en vano le mandan retroceder, uno y otro bando admiran su temerario arrojo; por un momento alta y descubierta la frente, pálido el semblante, solo, cuando todos estrechan las distancias buscando apoyo, parece al genio de la destruccion gozándose en el estrago comun. Pero el fuego se acrecienta de nuevo y una nube de humo envuelve al tránsito.

Al día siguiente fué recogido casi deshecho por la metralla, para ser quemado con los muchos miles de cadáveres que resultaron de aquella faccion de guerra. Entre los franceses apenas duró su memoria; los españoles cuando supieron su fin, le atribuyeron á inspiracion diabólica en justo castigo de sus malas acciones.

La espiacion de Margarita tuvo mas de larga y dolorosa. Sometida á una causa criminal á consecuencia del asesinato verificado por culpa suya, le fueron impuestos ocho años de trabajos forzados. Con tal motivo y el secuestro que sufrieron sus bienes hasta poner en claro si debian responder á la infidencia de su esposo, quedó reducida á la mayor pobreza. Este crisol, origen de gloria inmarcesible para las almas grandes, lo fué de humillacion y afrenta para la que solo aspiraba á los goces que la sensualidad proporciona. Sus aventuras desde que se vió en libertad no fueron otras que las comunes á las infelices anotadas con padron de infamia. Inútil fuera descender á referirlas á quien pueda recordar los continuos ejemplos de esta clase que por desgracia ha ofrecido la sociedad en todas épocas y lugares, y los que tengan la suerte de ignorarlos nada perderán en ello.

Por los años de 1827 recorria los cafés de Barcelona unida á una cuadrilla de cantores ambulantes. Hubiera sido imposible adivinar en aquella mujer grosera, de mirada torva, voz enronquecida por la crápula y los escesos, á la graciosa jóven de otros tiempos. A pesar de todo, allí la reconoció el autor de la presente historia, que me permite reproducir como testimonio del castigo reservado siempre al mal proceder.

DIONISIO CHAULIÉ.

## DE LAS ABLUCIONES Y DE LOS BAÑOS.

Entre lo físico y lo moral median relaciones tan íntimas en todos los actos de nuestra vida, que no parece muy fácil ni hacedero separar la idea, que comprende ambas cosas á un tiempo. Este principio, tan cierto como invariable, se manifiesta con mas fuerza aun en las sensaciones que recibimos de los objetos exteriores. Un hombre que no tiene expansion de afectos, que habla mirando torvamente ó de soslayo, que tiene en su fisonomía algo de oscuro y tétrico, nos inspira desconfianza, porque nos parece que su aspecto lleva el sello de la maldad, y de un alma depravada y corrompida. Pero esta relacion tan íntima entre lo físico y lo moral, se revela con mas eficacia y energia en todos los actos de la vida que parecen un reflejo misterioso de aquella pureza que da á nuestra conciencia paz y serenidad.

Habiéndonos, pues, propuesto hablar en este artículo

de los baños, juzgamos muy del caso, ante todo, dar á los lectores una idea rápida y fugaz de las abluciones consideradas desde la mas remota antigüedad, como un medio de purificacion de nuestras culpas, y como una ceremonia religiosa de la que trajeron origen los baños.

En el Oriente, cuna de la humana estirpe, y la primera parte de mundo, en que el hombre corrompido, separándose de la senda trazada por su Creador, se entregó á las supersticiones mas groseras y repugnantes; en el Oriente, no llegaron nunca á borrarse del todo los restos de aquella ley natural, que ha nacido con nosotros, que lejos de abandonarnos, procura corregir nuestros estravios, haciendo retumbar una voz atronadora en el fondo de nuestra conciencia; en el Oriente la relacion íntima, que existe entre lo físico y lo moral, se manifestó por si misma y se dió á conocer casi instintivamente á todos los hombres. Así es, que en este vasto pais, las abluciones, que limpian el cuerpo de todas sus manchas, fueron consideradas en todas las edades, como una ceremonia religiosa y un medio muy eficaz de purificacion del alma, lavando sus culpas. Alberto Fabricio en su obra titulada: *Teologia del agua*, se espresa en esta forma acerca del particular: «Los paganos hicieron siempre mucho caso de los baños no solo por la limpieza y aseo exteriores, si no tambien por haberlos considerado como parte de su religion. Ellos atribuyeron con especialidad al agua del mar la virtud extraordinaria de lavar las culpas, porque el agua salada y la que tiene mezcla de jabon, son por su naturaleza mas propias á quitar á los cuerpos toda su grasa. La Divinidad misma dió á los judios varias leyes respecto á las abluciones y aspersiones, consideradas como medios de purificacion espiritual, como testimonios de arrepentimiento, como un acto de renuncia al pecado, y como un indicio precursor de la sangre del Mesias, que debía lavar nuestras culpas. Pero los paganos abusaron tanto de estas ceremonias, que las convirtieron en supersticion, é hicieron lo propio los herejes judaizantes de quienes dice San Epifanio: «Que pretendian servir á Dios con sus baños.» Mahoma instituyó tal vez las abluciones á imitacion de los judios, y los musulmanes las practican con tanta escrupulosidad, que no las separan de los deberes asenciales de su religion (1).»

Pero no queremos pasar por alto en esta coyuntura, que los mahometanos tienen tres especies de abluciones: *mayor, menor y arenosa* ó *terrácea*. La primera y mas ordinaria, llamada *Ghusl*, consiste en un baño completo de todo el cuerpo; la segunda, que se distingue con el nombre de *Abdest*, se limita á un baño de los cinco sentidos, á saber: las manos y los piés, los ojos, la boca, las narices y las orejas; la tercera, que se practica en los parajes que carecen de agua, ó que se prescribe á los enfermos por miedo de que el agua les perjudicára, consiste en frotarse todo el cuerpo con arena ó tierra.

En el reino de Siam, que es uno de los mas supersticiosos de las Indias Orientales, se celebra una ablucion general el primer día de la Luna llena del quinto mes del año; y tanto los siameses como todos los demás indios, persuadidos de que las aguas del Ganges son santas y bajadas del cielo, compran el derecho de bañarse en ellas. Creen, por último, que el morir en ese gran rio, teniéndose fuertemente asidos del rabo de una vaca, es la mayor de todas las dichas, porque trae consigo la certeza, á su entender,

(1) Véase Alberto Fabricio, *Teologia del agua*, traducida d alemán al francés.—Haya, cap. VI, pág. 94 y siguientes.



de una eterna bienaventuranza. Este cúmulo de supersticiones ha santificado las aguas del Ganges en términos, que todas sus orillas están pobladas de edificios destinados á las abluciones de los fieles.

Los negros de Guinea se bañan todos los días al rayar el alba en honor de sus fetiches, y todos los africanos mas bárbaros, y que viven en un estado casi salvaje, hacen lo propio.

A pesar de que en el pasaje de Fabricio, transcrito arriba, está consignado que los judíos siguieron desde tiempos inmemoriales la costumbre oriental de las abluciones, juzgamos ahora muy oportuno apuntar en estas columnas algunas particularidades acerca del mismo argumento. Es de saber, pues, que Salomón colocó en el pórtico, que conducía al templo, una gran fuente llamada *Vaso de las abluciones* ó mas bien *Mar de bronce*, porque estaba hecha de este metal, y que era un privilegio exclusivo de los Levitas lavarse las manos en sus aguas antes de sacrificar y acabados los sacrificios; pero todos los judíos en general consideraban como un acto religioso lavarse las manos y la cara apenas salidos del lecho; y esta costumbre de sus primeros padres la observan todavía con tanta escrupulosidad, que no osarían tocar un objeto cualquiera antes de esta ablución. Algunos rabinos modernos pretenden además, que no se debe, bajo ningún concepto, verter en el suelo el agua con que se han lavado, afirmando con mucha serenidad, que si alguien pisára esa agua, que juzgan impura, podría contagiarse; y hay otros mas meticulosos aun, los cuales sostienen que sería un gran pecado, y tal vez un crimen muy parecido á la fornicación ó al adulterio, comer un cacho de pan antes de practicar las abluciones matutinas.

El último día del año el rey de Tonquin, reino del Asia que linda con la China, va á bañarse con todos sus cortesanos en uno de los ríos de sus Estados, á fin de que tengan entendido sus súbditos con esta ablución alegórica, que aquel monarca con su corte comienza el nuevo año sin manchas ni culpa (1).

Las abluciones en la Edad media formaron parte de los juicios de Dios, que consistían en someter á los acusados de algún hecho ó crimen dudoso á pruebas favorables en un todo á los mas astutos, ó á los hombres dotados de una constitución robusta y fuerte, suponiendo con insensatez, que en esas pruebas intervenía siempre la Divinidad en abono de los inocentes y contra los falsos acusadores. Fueron muchos y muy variados los juicios de Dios; pero se enlazan tan solo con las abluciones el del agua fría y el del agua caliente. El primero se ejecutaba en esta forma. Al acusado, todo desnudo, se le ataba el pié derecho con la mano izquierda, y el otro pié con la derecha, quitándole la posibilidad de todo movimiento, y luego se le echaba en una gran cuba de agua ó en un río, con una cuerda atada á la cintura, cuyo cabo tenía un hombre fuera del agua. Si el acusado iba al fondo, se le sacaba al instante de la cuba ó del río, tirando de la cuerda, y se le declaraba inocente; si sobrenadaba, se le suponía culpable. El segundo era mas sencillo. Al acusado se le dejaba vestido, y en el

pleno ejercicio de todos sus miembros; pero se le obligaba á coger con una mano un clavo, una piedra ó un anillo, puestos en el fondo de una gran caldera llena de agua hirviendo. Si sacaba el objeto sin dar muestras de dolor, y sin que la mano y todo el brazo sumergidos sufrieran alteración, se le declaraba inocente; si sucedía lo contrario, se le juzgaba culpable (1).

Cuando en Grecia y en la antigua Roma, se condenaba al destierro á un ciudadano, la fórmula mas ordinaria de la sentencia, en vez de expresar el género de castigo, decía: «Se le prohíbe el uso del agua y del fuego,» porque las dos cosas son elementos muy necesarios para la conservación de nuestra vida. Es cierto, sin embargo, que en la *Historia de los viajes* se habla de algunos pueblos mezquinos y degradados hasta el extremo de ignorar el uso del fuego; pero no figura ningún pueblo, que viva ó haya vivido en parages del todo áridos y sin agua; cuando vemos por el contrario, que los hombres crecen y se multiplican en las tierras bañadas de fuentes y ríos caudalosos. Ni queremos dejar de advertir en esta circunstancia, que los primeros descubridores de nuevos países, nos refieren que entre los pueblos mas salvajes, que habitaban climas calurosos ó hielados, encontraron muy ordinaria la costumbre de bañarse en grandes ríos ó en el mar, lo que nos da á entender que el uso de los baños se pierde en la noche de los siglos.

De algunos pasajes de la Odisea, se deduce que en Grecia los baños calientes, fueron conocidos en tiempo del divino cantor de la ira de Aquiles y de los viajes de Ulises; y si es cierto lo que nos han dejado escrito los antiguos historiadores, podemos afirmar desde luego que en toda Grecia hubo grandes edificios construidos para baños junto á los gimnasios y las palestras, porque los que se ejercitaban en la lucha, terminados sus ejercicios solían bañarse.

Pero ni los baños del Oriente ni los de Grecia llegaron á ser un objeto de diversion ni de mucho lujo como los de la antigua Roma; y aunque su uso ordinario es muy saludable, los romanos se excedieron hasta el extremo en usar de los baños, que Petronio en los dos elegantes versos, que ponemos á continuación en prosa castellana, nos da á conocer primero lo mucho que perjudicó á los romanos su abuso, y luego la utilidad de su buen uso.

«Los baños, el vino, el amor, destruyen nuestro cuerpo:  
«Los baños, el vino, el amor, conservan nuestra vida.»

Si queremos atenernos á lo que dice Plinio, podemos afirmar con certeza que los baños no se introdujeron en Roma hasta el tiempo de Pompeyo. La autoridad de este insigne escritor, es para nosotros de mucho peso; pero creemos, con fundadas razones, como vamos á esponerlo, que Plinio alude mas bien á la multitud de los baños públicos, establecidos á la sazón en Roma, que á su uso primitivo. En tiempo de Pompeyo los romanos conocían ya todo el Oriente, y habían adoptado gran parte de su lujo y muchas de sus costumbres; conocían aun mas la Grecia.

(1) Los que deseen tener mas noticias acerca de las abluciones, podrán consultar con preferencia las obras siguientes: *Enciclopedia del siglo XIX*: Noel, *Diccionario mitológico y Diccionario de orígenes, invenciones y descubrimientos*: Fabricio, obra citada: *Diccionario de la conversacion*. — Todas escritas en francés.

(1) Véase *Historia crítica de las prácticas supersticiosas*, etc., por el R. P. Le Brun, sacerdote del Oratorio, tomo 2.º páginas 241 y 42. Paris, 1750 (en francés).

En los *Eddas* se encuentran decretadas por las antiguas leyes escandinavas muchas penas, y principalmente la del agua caliente, practicadas durante la Edad media en Italia y en las Galias.



Ahora bien, tanto en el primero, como en la segunda, el uso de los baños era ordinario y frecuente, nos parece, pues, que tiene visos de mucha probabilidad, que los romanos hayan comenzado á usarlos, en una época anterior á la de Pompeyo, y que desde entonces hayan ido paulatinamente y cada vez mas multiplicándose. Con efecto, nos refiere el mismo autor, que Agripa, yerno de Augusto, y casi contemporáneo de Pompeyo, mandó edificar setenta baños nuevos; que los emperadores, que siguieron á aquel César, mandaron edificar otros muchos, y que su número, andando el tiempo, llegó á ser infinito (1). Dion Casio dice en su historia, que el primero, que estableció baños públicos en Roma, fué el célebre Mecenas, ministro de Augusto, y pasa por alto el nombre de Agripa; lo que nos da á conocer que nada hay de mas dudoso que el principio de las cosas. Pero sea como fuere, lo cierto es que Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano y otros emperadores, no contentándose con emplear los mármoles mas preciosos en los grandes edificios destinados para baños, concurrían á esos establecimientos públicos sin pompa ni aparato, y tan solo para tener la satisfaccion y el gusto de bañarse como particulares con todos los demás ciudadanos (2).

En todos los baños de la antigua Roma habia una multitud de salas, cuyos nombres y cuyo uso nos parece muy del caso apuntar en estas columnas.

Una de las mas grandes, era el *apodyterium*, palabra griega, que significa desnudez, porque en esa sala depositaban los vestidos los que iban á entrar en el baño. Luego habia el *frigidarium*, ó sala de baños frios, tan espaciosos y grandes, que se podia nadar en ellos, como en un pequeño mar ó en un lago. El *tepidarium* era una sala ligeramente caldeada, á fin de que los que salían del baño, bien fuese frio ó caliente, descansaran en ella, no solo para evitar la impresion molesta, que ocasiona un pasaje rápido del calor al frio, sino tambien para preservarse de alguna grave enfermedad, originada por la misma causa. Los baños, *caldarium*, *sudatorium* y *laconicum*, que solían confundirse y ser considerados como un solo género de baños, Julio Rouyer, en su excelente obra, titulada: *Estudios medicinales sobre la antigua Roma*, les clasifica en los términos siguientes. «Aplicábase el primer nombre á los baños «de agua caliente, y el segundo á los de vapor, cuya descripción nos ha dejado Vitruvio en esta forma:—En una «de las estrechuras de una espaciosa sala habia una cuba «de la cual salían densos vapores, que mediante una válvula podían disminuirse ó acrecentar. El edificio era casi redondo y estaba todo cubierto, á fin de que el calor se esparciera por todos los lados.» El baño *laconico*, que llevaba este nombre por haberlo inventado los lacedemonios, se diferenciaba del de vapor mas bien por su aparato, que por sus particularidades. Este baño consistia en provocar únicamente un sudor muy saludable. Entrábase en una sala, que tenia dos techos, uno mas elevado que otro, y sostenidos entrambos por una multitud de columnas. En el vacío, que dejaban los techos, habia un gran hornillo, llamado *hypocaustum* (3), el cual calentaba toda la sala en términos, que hacia sudar copiosamente á los que gustaban

con preferencia de este baño mucho mas sencillo que todos los demás.

Los baños en la antigua Roma, fueron un objeto de diversion y mucho lujo. Con efecto sabemos que en los de primer orden habia aposentos, llamados *Uditorium*, en donde iban á perfumarse con esencias olorosas los que salían del baño; habia salas espaciosas en que los concurrentes se ejercitaban en la gimnastica; y habia otras en que retos y filósofos discutían sobre serios argumentos, y en que muchos vates recitaban sus nuevas producciones, como nos ha dejado escrito Horacio en estos versos, que ponemos á continuacion, traducidos al castellano por Burgos.

*En la plaza importuno*

*Este sus obras lee, otro en el baño,*

*Porque mejor allí la voz resuena (1).*

En esas salas se fijaban tambien los programas de los Juegos del Circo, los anuncios de las ventas y de los grandes espectáculos públicos, y otros anuncios y programas de obras literarias recientemente dadas á luz.

En algunos baños, amueblados con gala, y que respiraban lujo, habia galerías de cuadros y esculturas. Con efecto, el famoso grupo del Laocoonte se encontró en las ruinas de las termas de Tito; y el Hércules, el Toro Farnesio y los dos Gladiadores pertenecían á los baños de Caracalla.

Pero todo degenera en las manos del hombre, y la mucha corrupcion de las costumbres convierte en vicio hasta las instituciones mas inocentes y sencillas; los baños públicos, pues, de la antigua Roma llegaron á convertirse en lugares de horrendas obscenidades y prostitucion, como nos lo han dejado escrito Amiano Marcelino en el libro XXXIII de sus Historias, y Baldasar Bonifacio Rodigino en el libro III, de su *Historia Ludica*, escrita en el armonioso idioma del Lacio.

En la Edad media el uso de los baños no fué muy frecuente en Europa; pero á fines del siglo pasado tomó mucho incremento, y hoy que forma parte de una educacion esmerada y noble: siguen tambien la volubilidad é inconstancia de la moda. Con efecto no solo tenemos baños de agua clara, calientes ó frios, sino que tenemos tambien baños aromáticos de diversas especies, y ademas baños, que llevan el nombre de rusos ó holandeses.

La hidropatía la conocieron los antiguos; pero nosotros la hemos perfeccionado en términos, que en esta época se la considera como una parte integrante de la medicina moderna.

SALVADOR COSTANZO.

## LOS BOERES.

V.

### LA RELACION DEL MISIONERO.

Unos quince dias despues de la conversacion que acabamos de referir, las carretas de un *trader* Gralramstram, llamado Stolberg, se detuvieron delante de la puerta de Marydom. El *trader* entró en el patio con un hombre vestido de negro, cuya fisonomia revelaba grandes fatigas y crueles sufrimientos.

(1) V. Horacio lib. 1.º de las Sátiras, sat. IV. V. 74 y sig.

(1) V. Plinio, Hist. Nat., lib. XXXVI, cap. 24.

(2) V. Noel, *Diccionario de origenes, invenciones y descubrimientos* (en francés).

(3) Esta palabra griega, adoptada por los latinos, y que se deriva de un vocablo del mismo idioma helénico, significa cosa que inflama, quema ó calienta; y así los griegos como los latinos la aplicaron á las estufas y á los hornillos.



—Aquí está Marydom, dijo Stolberg, mostrando á su compañero de viaje al boër que los miraba con aire de sorpresa.

El desconocido descendió.

—Caballero, le preguntó con voz temblona; ¿no habeis venido el año último á Bergendorp para reclamar investigaciones acerca de un misionero llamado Guillermo Daring?

—Sí, señor.

—Pues bien, yo soy Guillermo Daring. ¿Es cierto que mi pobre Ana vive todavía?

—Sí, señor. Reside á algunas millas de aquí, en casa de unos honrados jóvenes que la salvaron de la muerte y que la tratan como á una hermana.

—¡Qué Dios se lo recompense! exclamó Mr. Daring juntando las manos, y que os bendiga á vos y á vuestra mujer por los cuidados que habeis desplegado en favor de esa pobre niña. Ahora, adios, dijo, y gracias por todo.

—¿Dónde vais?

—A reunirme á mi sobrina.

—Pero vos no os encontráis en disposicion de hacer el viaje á pié. Yo daré órdenes para que enganchen en seguida mi carreta mas ligera. Mi mujer os acompañará. Nosotros queremos mucho á Ana, como si fuese nuestra propia hija.

¡Ah! si los hijos de Gregorio hubiesen querido.....

—¿Habeis dicho Gregorio? interrumpió Mr. Daring.

—Sí, es el nombre de su abuelo.



La habitacion de Koudouvley.

—¿Qué edad tienen los jóvenes?

—Casi la misma edad..... unos veinte y dos años.

—¿Habeis conocido á Gregorio?

—Era un anciano de larga barba, de facciones feroces.

—El mismo. ¿No tenia una cicatriz?

—En la mejilla derecha precisamente.

—Y ¿estais cierto que los dos jóvenes son hermanos? El anciano no hizo ninguna revelacion en el momento de su muerte?

—¡Esperad! exclamó Marydom, sí... sí... ya me acuerdo...

Y repitió lo que Piet y Hendrick le habian dicho algunas veces acerca de las extravagancias de su abuelo.

—¡Bendito sea Dios que me ha conducido aquí! exclamó Mr. Daring. Partamos sobre la marcha.

Un instante despues ambos se encontraban en el camino que conduce á Koudouvley, y el misionero, con una voz conmovida, referia su historia á su digno compañero.

En 1838, cuando los boëres emigrantes, bajo el mando de Relief, fueron traidoramente atacados por los soldados de Dingaan, algunos desgraciados, que se libertaron milagrosamente del degüello, procuraron llegar á la parte habitada de la colonia; pero privados de sus carretas y de sus animales, sin viveres y sin armas sucumbieron en su mayor parte.